

Feria del Libro de Sevilla, mayo 2015

**La ciudad,
espacio compartido
para la actividad creativa**

ISA

Iniciativa Sevilla **A**bierta

www.iniciativasevillaabierta.es

Índice:

1. **La ciudad como espacio compartido para la actividad creativa.**
Eliseo Monsalvete Mazo.
2. **Acerca del alma y el corazón de las ciudades.**
Varios autores.
3. **Vida y muerte de las grandes ciudades. Contra el urbanismo.**
Jane Jacobs
4. **In Itinere. Consideraciones sobre la creatividad y el espacio urbano.**
Guillermo Ramirez Torres
5. **Creando con la ciudad.**
Ana Belén Árbol Carrero.
6. **La creación científica, ¡Qué loco propósito!**
Francis Crick
7. **Ciudad y poesía.**
Varios autores
8. **Por la ciudad de un sueño.**
Raquel Aguilar Núñez
9. **Los escombros de París.**
Antonio Muñoz Molina
10. **¿El Cowboy o Simbad? ¿Quién vencerá en la globalización?**
Fátima Mernissi
11. **Soy la escritora de los andariegos comunes.**
Elena Poniatowska.
12. **El día en que nació París.**
Félix de Azúa.
13. **Mi Estambul secreto.**
Orham Pamuk.
14. **Prohibido el llanto**
Carmen Camacho
15. **Las ciudades y la arquitectura de un poeta**
Joan Margarit

1. La Ciudad como espacio compartido para la actividad creativa

La ciudad es el lugar en el que, a lo largo de la historia, hemos alcanzado objetivos compartidos para una vida más humana, racional y próspera.

Es el espacio en el que confluyen la igualdad y la diferencia, en el que se manifiestan las divergencias y convergencias, generándose así conflictos de convivencia, que lejos de dificultarla, la enriquecen. De ese roce, de ese conocimiento, de esa puesta en común, de compartir y usar bienes comunes nace la fuerza creativa necesaria para buscar soluciones a problemas comunes, a necesidades vitales, a aspiraciones colectivas.

Para este objetivo es fundamental la concepción del espacio público como aquello que define e identifica a la ciudad, así como su uso compartido identificará al ciudadano.

El espacio público no es un elemento urbanístico que cumple funciones de comunicación, transporte, seguridad, salubridad, etc., sino el medio donde los ciudadanos se conocen, se mezclan, se confrontan, se complementan. El filósofo Ortega y Gasset lo explica muy bien: "La urbe es, ante todo, esto: plazuela, ágora, lugar para la conversación, la disputa, la elocuencia, la política. En rigor, la urbe clásica no debía tener casas, sino sólo fachadas que son necesarias para cerrar una plaza, escena artificial que el animal político acota sobre el espacio agrícola. La ciudad clásica nace de un instinto opuesto al doméstico. Se edifica la casa para estar en ella; se funda la ciudad para salir de la casa y reunirse con otros que también han salido de sus casas."

La política como forma de organizar la relación entre individuos incluye ese proceso de confrontación, ese conflicto que no se debe esconder, sino reconocer buscando los medios para superarlo, siempre de forma temporal y dejando puertas abiertas a nuevas dialécticas y nuevos diálogos. El conflicto y la convivencia son inseparables, pero, lejos de ser un obstáculo, es un acicate para crear diversas formas de afrontarlo.

El aislamiento, la separación, la segregación de los pobres, el uso privativo del espacio público, la falta de respeto hacia lo público es la forma de no reconocer la desigualdad, es la forma de ocultar el conflicto y con ello de acabar con la convivencia.

Recobrar la convivencia precisa la reconquista del espacio público como espacio de conocimiento de lo ajeno, de lo diferente, de lo próximo y de lo más lejano, de lo frágil y de lo más sólido, de lo artificial y de lo sentimental, de lo más lúdico y de lo más melancólico; lo que aflorará el conflicto pero también desarrollará el diálogo y la comunicación para la expresión y creatividad ciudadana facilitando un acercamiento del ciudadano a la participación de los asuntos públicos que no son otros que los suyos.

La ciudad, debe ser el espacio humano que genera los instrumentos capaces de alimentar las formas de organización de las sociedades en busca de un bienestar para la mayoría de sus habitantes.

Las ciudades más dinámicas y contemporáneas son las que, dando cabida a lo más diverso y diferente, han sabido encauzar el conflicto a través de procesos creativos, cuyos autores la han utilizado como un gran escaparate en el que ensayar y desarrollar una obra que, naciendo del talento individual, pueda ser disfrutada por todos los ciudadanos.

2. Acerca del alma y el corazón de las ciudades.

Varios autores

Lo que distingue la ciudad de la aldea no es la extensión, no es el tamaño, sino la presencia de "un alma" ciudadana. El verdadero milagro es cuando nace el alma de una ciudad. Súbitamente, sobre la espiritualidad general de la cultura, se destaca el alma de la ciudad como un alma colectiva de nueva especie, cuyos últimos fundamentos han de permanecer para nosotros en eterno misterio. La aldeana colección de casas se convierte en un todo conjunto. Y este conjunto vive, respira, crece, adquiere un rostro peculiar y una forma y una historia internas. A partir de ese momento, además de la casa particular, del templo, de la catedral y del palacio, constituye la imagen urbana en su unidad el objeto de un idioma de formas y de una historia estilística, que acompaña en su curso todo el ciclo vital de una cultura. (1)

Nos queda pues enfrentarnos al problema de las ciudades sin alma, que en verdad es un grave problema. Salvo casos especiales o que provienen de otras culturas distintas de la occidental, la ciudad sin alma coincide con la ciudad a la que ha dado origen la revolución industrial. El nuevo complejo urbano consta de dos elementos: la factoría y el slum, -la horrible colmena donde el instrumento hombre se conserva durante la noche para volverlo a usar al día siguiente en la factoría-. Esos dos elementos, de por sí, constituyen lo que se ha llamado impropriamente ciudad. Estas aglomeraciones urbanas pueden aumentar más de cien veces sin adquirir la más leve de las instituciones que caracterizan a una ciudad en sentido sociológico. Es decir un lugar en el cual, según Mumford, se condensa la tradición social y donde las posibilidades de continuo intercambio e interacción elevan a un alto potencial las actividades humanas. (2)

El estudio del corazón de la ciudad, y en general de los centros de la vida común, se nos presenta actualmente tempestivo y necesario. Nuestras investigaciones analíticas demuestran que las zonas centrales de las ciudades son cauces estériles, así como lo que un día constituyó el corazón, el núcleo de las viejas ciudades, se haya hoy desintegrado. Sin dejar de reconocer las enormes ventajas de los nuevos medios de comunicación (radio, cine, televisión, prensa...), seguimos creyendo que los lugares

de reunión pública, tales como plazas, paseos, cafés, casinos populares, etc. donde la gente pueda encontrarse libremente, estrecharse la mano y elegir el tema de conversación que sea de su agrado, no son cosas del pasado, y que, debidamente adaptadas a la vida de hoy, deben tener lugar en nuestras ciudades. (3)

Por el momento, bástenos decir que la ciudad moderna es un conglomerado en el que perviven viejas estructuras históricas y antiguas formas de vida junto con las nuevas del capitalismo y de la técnica. Depende lo que en cada una haya sido más fuerte según su peculiar evolución, para que el carácter varíe de unas a otras.

Lo que caracteriza la ciudad contemporánea es su desintegración. No es una ciudad pública a la manera clásica, no es una ciudad campesina y doméstica, no es una ciudad integrada por una fuerza espiritual. Es una ciudad fragmentada, caótica, dispersa, a la que le falta una figura propia. Consta de áreas indeciblemente congestionadas, con zonas diluidas en el campo circundante. Ni en unas puede darse la vida de relación, por asfixia, ni en otras por descongestión. El hombre, en su jornada diaria, sufre tan contradictorios estímulos que él mismo, a semejanza de la ciudad que habita, acaba por encontrarse totalmente desintegrado. (2)

Las ciudades no mueren como los individuos; cuando ya han perecido, su gran caparazón permanece inalterable a flor de tierra, y pasan sobre él lustros y décadas sin que se advierta signo alguno de descomposición más alarmante que los que se advierten hoy en Sevilla. La vida de los ciudadanos sigue su curso normal; hay gentes que se enriquecen y gentes que llegan al límite extremo de la pobreza, si es que para la pobreza puede haber límites; hay alegres festejos populares, y las calles se llenan de muchedumbres; hay fastuosos comercios y escaparates llenos de luz; las *fuerzas vivas* se afanan y ajetrean politiqueando siempre; pero la ciudad –como le pasó a Toledo, a Brujas, a Venecia- se ha ido muriendo poco a poco, imperceptiblemente. Y llega un momento en que sólo viven de su carroña los gusanillos del turismo. Rota su conexión con el

cuerpo vivo del mundo, fuera de órbita, la ciudad, paralizada, se va quedando atrás, cada vez más distante y perdida, hasta que un día... la descubren en calidad de reliquia" (4)

1. Oswald Spengler. Filósofo alemán. La decadencia de occidente.
2. Chueca Goitia. Breve Historia del Urbanismo. 1968
3. José Luis Sert. Arquitecto español. El corazón de la ciudad, 1955
4. Manuel Chaves Nogales, 25 de mayo de 1932.

3. **Vida y muerte de las grandes ciudades. Contra el urbanismo.**

Jane Jacobs

Este libro es un ataque contra las teorías más usuales sobre urbanización y reconstrucción de ciudades, un intento de

presentación de unos nuevos principios opuestos a los que se vienen enseñando en todas las escuelas de arquitectura. Mi ataque no se basa en sutilezas sobre los diferentes métodos de edificación, es, más bien, un ataque contra los principios y objetivos que modelan la moderna y ortodoxa planeación y reordenación de las ciudades.

Al exponer unos principios diferentes, me referiré esencialmente a cosas y temas perfectamente comunes y ordinarios. Por ejemplo, los tipos de calle seguros y los tipos de calle inseguros; la razón de que algunos parques urbanos sean tan maravillosos y otros trampas mortales; por qué ciertos barrios siguen siendo los infectos barrios bajos de siempre y otros han conseguido regenerarse venciendo resistencias oficiales y hasta financieras; por qué se desplazan los "centros de ciudad" y las áreas comerciales; qué es una vecindad auténtica y cómo se puede levantar una verdadera vecindad en las grandes ciudades. En una palabra, me referiré siempre a cosas reales, a ciudades reales y a la vida real de las ciudades, pues sólo así conoceremos los principios de urbanización y prácticas de reordenación susceptibles de promover una efectiva promoción social y económica, y también aquellos otros principios y prácticas que alejarán ese horizonte de promoción.

Existe un mito muy extendido según el cual, si tuviéramos suficiente dinero disponible remozaríamos los grandes, tristes y grises cinturones que ayer y anteayer eran nuestros suburbios e incluso resolveríamos el problema del tráfico. Echemos una ojeada a lo que hemos construido: los barrios de viviendas baratas se han convertido en los peores centros de delincuencia, vandalismo y desesperanza social general; los proyectos de construcción de grupos de viviendas de renta media -auténticas maravillas de monotonía- sellaron a cal y canto las perspectivas de una vida ciudadana llena de vitalidad y dinamismo; los barrios residenciales de lujo, que teóricamente debían mitigar la sordidez de las ciudades, o intentarlo al menos, son hoy escaparates de una insípida vulgaridad; y no hablemos de los centros culturales, en los cuales es difícil encontrar una buena biblioteca; amén de los centros comerciales imitación sin lustre de los supermercados suburbanos y de todos esos paseos que no vienen de ningún sitio y no van a ninguna parte, pero que tampoco exhiben a ningún paseante; y esas autopistas que

destripan las grandes ciudades...Esto no es reordenar las ciudades. Esto es, simplemente, saquearlas.

Todos estos centros y barriadas rara vez son de alguna ayuda o alivio para las zonas urbanas a cuyo alrededor proliferan, aunque en teoría éste es su cometido. Lo que hacen es desarrollar una gangrena galopante muy característica. Para albergar a la gente de esta suerte, se aplican a la población una serie de tarifas discriminatorias; cada paquete segregado y tarifado vive en creciente sospecha y rencor contra los paquetes circundantes.

Las calles de las ciudades sirven para muchas cosas aparte de soportar el paso de vehículos y las aceras tienen muchos otros usos, además de soportar el caminar de los peatones. Estos usos están en estrecha relación con la circulación, pero no se identifican con ésta, y en rigor son por lo menos tan importantes como la circulación para el buen funcionamiento de las ciudades. Las calles y sus aceras son los principales lugares públicos de una ciudad, sus órganos más vitales. ¿Qué es lo primero que nos viene a la mente al pensar en una ciudad? Sus calles. Cuando las calles de una ciudad ofrecen interés, la ciudad entera ofrece interés; cuando presentan un aspecto triste, toda la ciudad parece triste.

Todo el mundo sabe que en las grandes capitales hay más personas extrañas que conocidas. Y extraños no son solamente quienes van a los mismos lugares públicos, sino más aun los que viven en las otras viviendas del mismo piso. Incluso las personas que viven muy próximas entre sí se desconocen. La condición indispensable para que podamos hablar de un distrito urbano como es debido es que cualquier persona pueda sentirse personalmente segura en la calle en medio de todos esos desconocidos. Un distrito urbano que fracase en este punto irá mal en todos los demás y será una fuente inagotable de dificultades para sí mismo y para toda la ciudad.

La responsabilidad por esta inseguridad urbana no hay que achacarla ni mucho menos a ciertos grupos minoritarios, los pobres o los desarraigados. En este libro no entraremos a especular sobre estas profundas razones. Es suficiente que

digamos, a este respecto, que si queremos una sociedad capaz de diagnosticar sus males y de evitarse problemas sociales graves, lo primero que ha de hacerse es fortalecer todo tipo de fuerzas capaces de mantener la seguridad y la civilización a niveles aceptables.

Construir barrios, ciudades satélite o grupos que son como un traje a la medida para el surgimiento de la criminalidad es algo totalmente estúpido. Y esto es precisamente lo que estamos haciendo.

Cincuenta años después de su publicación, *Muerte y vida de las grandes ciudades* es, según el *New York Times*, «probablemente el libro más influyente en la historia de la planificación urbana». Jane Jacobs, columnista y crítica de arquitectura en Nueva York de principios de los años sesenta, afirmaba que la diversidad y la vitalidad de las ciudades estaban siendo destruidas por algunos arquitectos y urbanistas muy influyentes.

4. In Itinere. Consideraciones sobre la creatividad y el espacio urbano.

Guillermo Ramirez Torres

La ciudad actual es fruto de la modernidad que propició el surgimiento del *flâneur*, el bohemio errabundo que -vagando por la ciudad- siente nostalgia de los pasos perdidos. Nos referimos a la misma ciudad que favorecía la aparición de roces pero en la que el propio Baudelaire sentía miedo de 'chocar' con

otros viandantes. Una ciudad que se manifiesta hoy en este proceso de pérdida del lugar, los espacios colectivos y la multiplicación de los conocidos como *no-lugares*.¹ En un lugar así... ¿es posible la creatividad?

1

¹ Cfr. AUGÉ, M., *Los no lugares. Espacios del anonimato. Introducción a una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa, Barcelona, 2000.





La urbe como espacio común nos ofrece una multitud de experiencias posibles aunque, sin duda, una de las mayoritarias es el acto creativo. Para muestra: un botón. La ciudad está llena de grandes avenidas, recorridos, itinerarios y vectores –cómo definiría Michel de Certeau- ante los cuales podemos dejarnos llevar o bien revelarnos a ellos y gestar nuestros propios caminos alternativos. En ese momento estaremos redescubriendo nuestro entorno. La francesa Sophie Calle se sirvió de este proceso (en su caso siguiendo a un desconocido) para redescubrir París tras décadas de ausencia en su ciudad natal.

En las ciudades parece que no hay espacio para la creación a excepción de algunos monumentos que se alzan en parques, plazas y jardines. En muchos casos estos monolitos han transformado esos lugares en meros sitios donde hacer ostentación política. Frente a este arte oficioso existe otro 'arte público' que, lejos de monumentalidades se hace vivencial, y por ello, verdadero. Un arte como el que llevó al artista cordobés Pepe Espaliú a realizar sus *performances* denominadas *Carriying*, y en las que denunciaba la enfermedad que le consumía: El SIDA.

Por desgracia, no siempre estos impulsos creativos se permiten. Durante el pasado mes de noviembre el ilustrador y profesor madrileño Puño sacó sus clases a la calle e invitó a sus alumnos

a dibujar en el espacio público. A consecuencia de esta experiencia se le impuso una multa, acabando el docente de visita en la comisaría. Por parte de las autoridades del orden se le acusó de “apropiación indebida del espacio público”, ante la imposibilidad de imputarle de otro delito o falta.² Cabe destacar

2

² Cfr. CANO, J.A., “Si te vuelvo a ver pintar un corazón de tiza en la pared”, *El Mundo*, en <http://www.elmundo.es/cultura/2014/11/13/54646f0b268e3e48478b456b.html>, recuperado 20/4/15.





que esta acción artística tenía una clara voluntad reivindicativa en una de las plazas más deprimidas de la capital de España.

Cualquiera de estos tres ejemplos propuestos tienen algo en común: no pueden entender una forma de creación que no sea vivencial, procesual, y que descuide la ubicación en la que se sitúa. En caso contrario, cualquier actividad artística que se desarrolle o se incruste en este espacio corre el riesgo de no ser más que un meteoro estrellado casi por azar en ese punto. El lugar nos invita a percibir, a imbuirnos en él, a transitarlo, a medirnos con él; a recorrerlo y perdernos, a encontrar ese recoveco que podemos llamar nuestro y que nos permita ser motor de una experiencia creativa. O lo que es lo mismo: artística.

Los ciudadanos necesitamos saber dónde estamos para poder reencontrarnos con nuestro espacio. Se hace necesario tender lazos y puentes que nos permitan abarcar la ciudad de una manera más personal y vivencial. Jugar con ella y producir actos creativos en concordancia con nuestro entorno, lejos de la producción de un objeto físico. Hacer del paseo 'arte', como el profesor/artista Santiago Navarro proclama en su artículo

*Dibujar en el agua. Reflexiones sobre el Arte útil para la vida pública.*³

3

³ NAVARRO, S., “Dibujar en el agua. Reflexiones sobre el Arte útil para la vida pública”, en *elRespirador*, elRespirador, Nº1, Sevilla, Enero 2015, p. 64.





Seamos (re)descubridores de una nueva ciudad, miremos con los ojos limpios del niño que se pierde por callejones y esquinas, y que se hace dueño de aquello que le rodea, ajeno a normas y convenciones. *Colonicemos* las calles, *cultivemos* –que por algo es la raíz de cultura- la ciudad. Verán que cada día se convierte en un placer, aunque conlleve sus riesgos. Parafraseando a J.R.R. Tolkien: “*Es muy peligroso, (...), cruzar la puerta, (...). Vas hacia el Camino, y si no cuidas tus pies no sabes hacia donde te arrastrarán.*”⁴

4

⁴ TOLKIEN, J. R.R., *El señor de los anillos. La Comunidad del Anillo*. Ediciones Minotauro-Editorial Planeta DeAgostini, Barcelona, 2002, p. 108.

5. Creando con la ciudad.

Ana Belén Árbol Carrero

"Érase una vez un hombre bueno, solitario, triste y soñador: creía en el honor y la valentía, e inventaba la vida. San Juan dijo: «el que no ama está muerto» y yo me atrevo a decir: «el que no inventa, no vive». Y llega a mi memoria algo que me contó hace años Isabel Blancafort, hija del compositor catalán Jordi Blancafort. Una de ellas, cuando eran niñas, le confesó a su hermanita: «La música de papá, no te la creas: se la inventa». Con alivio, he comprobado que toda la música del mundo, la audible y la interna —esa que llevamos dentro, como un secreto— nos la inventamos. Igual que aquel soñador convertía en gigantes las aspas de un molino, igual que convertía en la delicada Dulcinea a una cerril Aldonza. Inventó sensibilidad, inteligencia y acaso bondad —el don más raro de este mundo— en una criatura carente de todos esos atributos. [...]

Como cuando Alicia, por fin, atravesó el cristal del espejo y se encontró no sólo con su mundo de maravillas, sino consigo misma, no tuvo necesidad de consultar ningún folleto explicativo. Se lo inventó, como la música de papá. (...)

Ahora, tras estas deshilvanadas palabras, [...] me permito hacerles un ruego: si en algún momento tropiezan con una historia, o con alguna de las criaturas que transmiten mis libros, por favor créanselas. Créanselas, porque me las he inventado."

Este fragmento pertenece al discurso que escribió Ana María Matute al recibir el premio Cervantes en 2011. A mi parecer, su genialidad reside principalmente en que nos

muestra una de las claves de la actividad creativa: Inventar. Pienso que la otra sería compartir.

Inventar y compartir. A ello nos invita día tras día la ciudad. Nos invita a conocer, y nos cimenta una base de ideas que nos permiten inventar. Nos invita además a compartir esas ideas, a mostrar nuestros inventos, a admirar y enriquecernos con los de otros.

La ciudad permanece desde el fondo de las edades, sujeta a la evolución o involución (en definitiva impermanencia) que lo rige todo, y los inventores van apareciendo en ella, en momentos semicongelados a lo largo de su historia. Escritores, músicos, artistas... Por ellos, la ciudad crece, al mismo tiempo que ellos crecen por la ciudad, en una especie de simbiosis inconsciente. Cada uno de ellos nos deja su huella, como un pedazo de tiempo, un trozo de historia o incluso de la propia ciudad, (como las leyendas de Bécquer, que nos trasportan a rincones de Sevilla) pasando siempre por el filtro de sus propios cristales. Porque eso es arte, la descripción de la realidad desde la perspectiva personal del artista, de modo que no siempre se ajusta con exactitud a esa realidad, pero siempre logra transmitir emociones, y acercarnos al alma y ojos de quien lo crea.

Hoy me gustaría rendir especial homenaje a estos pequeños tesoros. Estos pequeños inventos. Un libro es una forma de demostrarle a los árboles que sí hay vida detrás de la muerte. Son cenizas de la madera que no arde. Memoria estática y atemporal. Lágrimas, risas, latidos y silencios derramados en forma de tinta.

Termino con un fragmento de un poema de Vicente Huidobro titulado "canción del huevo y del infinito", en el que se puede interpretar cómo los autores pueden llegar a deformar la realidad de las ciudades al describirlas en sus obras, pero en definitiva, siempre nos dejan de este modo, un trozo de memoria para las generaciones futuras, como dice el poema, para esos "niños que han perdido la memoria".

“La ciudad huye en un galope de palabras.
Tiene miedo a las tenazas del árbol
y a las manos de la noche.
El alma vuela con el cuerpo aferrado.
El alma forrada de plumas y de cometas transparentes,
cuando el pedestal de la lengua imita al mar
y un pájaro vuela entre las orillas de la memoria,
porque hay un niño que ha perdido la memoria.
Un océano de niños para un niño
Una montaña de pájaros para un pájaro
Un río de lágrimas para una lágrima
Un cielo de estrellas para una estrella (...).”

6. La ciudad espacio para la creación científica. ¡Qué loco propósito!

Francis Crick

La gente nos suele preguntar cuánto tiempo estuvimos Jim y yo trabajando con el ADN. Durante dos años discutimos el problema con frecuencia, tanto en el laboratorio como en nuestro paseo diario a la hora del almuerzo por los Backs (los jardines del College que bordean el río) o en casa, ya que Jim se dejaba caer ocasionalmente por allí, con mirada famélica, a la hora de cenar. Algunas veces, en verano, cuando el tiempo era especialmente tentador, nos tomábamos la tarde libre y paseábamos en bote por el río hasta Grantchester. Ambos estábamos convencidos de que el ADN era importante. (...)

Según Jim, yo me dirigí al Eagle, el pub de enfrente donde almorzábamos todos los días, y comuniqué a todo el mundo que habíamos descubierto el secreto de la vida. De esto no me acuerdo, pero sí recuerdo que fui a casa y le dije a Odile que al parecer habíamos hecho un gran descubrimiento. Diez años después me confesó que no había creído ni una sola palabra. "Siempre volvías a casa diciendo cosas por el estilo" me dijo, "así que no le di importancia". (...)

Bauticé mi casa de Portugal Place en Cambridge con el nombre de "La Hélice Dorada" y finalmente coloqué una simple hélice de latón en la puerta, aunque en lugar de doble era simple. La intención no era simbolizar el ADN sino la idea de la hélice. La calificué de dorada por el mismo motivo por el que Apuleyo tituló su historia *El asno de oro*, en el sentido de hermoso. Con frecuencia me preguntaron si intenté dorarla, pero nunca fuimos más allá de pintarla de amarillo. (...)

¿Estoy satisfecho de la forma en que ocurrieron las cosas? Solo puedo contestar que disfruté de cada uno de sus momentos, tanto los buenos como los malos.(...) Pero para expresar mis sentimientos, lo mejor sería citar lo que hace

muchos años en Cambridge, escuché en una cena brillante y aguda conferencia del pintor John Milton, en la cual al hablar de sus propias creaciones artísticas dijo: "Lo importante es estar presente cuando se pinta el cuadro". Yo creo que esto es cuestión de suerte por una parte y de buen criterio, inspiración y dedicación tenaz por otra.

A principios de los años cincuenta existía en Cambridge un pequeño club de biofísica algo exclusivo, Hardy Club, nombre que aludía a un zoólogo de Cambridge de la generación anterior que se había convertido en químico-físico. La lista de aquellos primeros miembros es ahora un círculo ilustre, atestado de premios Noble y *Fellows* de la Royal Society, pero en aquellos tiempos éramos muy jóvenes y la mayoría muy poco conocidos. Sólo alardeábamos de un *Fellow* de la Royal Society –Alan Hodgkin– y un miembro de la Cámara de los Lores, Victor Rothering. Jim fue invitado a dar una charla ante este conjunto selecto. Habitualmente al conferenciante se le invitaba a cenar en el Peterhouse. La comida allí solía ser buena y el conferenciante era obsequiado con jerez antes, vino durante y, si era tan imprudente como para aceptarlo, copas después de la cena. En más de una ocasión he visto a conferenciantes luchando para encontrar el camino de sus ideas a través de una nebulosa de alcohol. Jim no fue una excepción. A pesar de todo, logró hacer una descripción bastante precisa de los puntos principales de la estructura y de las pruebas que lo apoyaban, pero cuando llegó al resumen estaba rendido y no encontraba las palabras. Miró el modelo con ojos legañosos. Todo lo que puedo decir fue: "Es tan hermoso, entiendan, tan hermoso". Pero por supuesto, lo era realmente.

Fragmentos del capítulo VI del libro de Francis Crick:
¡Qué loco propósito!

7. Ciudad y poesía.

La ciudad

Se hacen de hormigón y de cristal,
de lugares extraños y gentes ocupadas.

En todas crece un árbol
delante de la casa de un suicida
y hay niños que acostumbran a dormirse
soñando con un perro.

No faltan desayunos en hoteles lujosos,
ni tampoco familias con jardín,
pero son más frecuentes
los portales oscuros con pareja de novios,
el beso frío,
la rosa de cemento en la ventana.

Las calles desembocan en plazas descompuestas,
las tardes de domingo en las cafeterías
y el humo de los coches en los ojos del loco
que murmura sus años
y los cuenta sin fin
de metro en metro.

Al salir de los túneles sentimos
que los cielos de agua
son igual que una carta del pasado,
y suele comprenderse
que la vida es un arma lenta y de doble filo
en los pasos sin nadie,
en las noches vacías
o en la debilidad que tienen
las ciudades por los cines de barrio
y por las taquilleras muy pintadas.

A pesar de los plátanos, los olmos y los tilos,
a pesar de la hierba, si es que hablamos del Norte,
La gente que nos mira,

la gente que se salta los semáforos,
la que fluye delante de las tiendas,
necesita el amparo
de otra vegetación,
un sigilo de números y tarjetas de crédito
que extiende sus raíces por los sótanos
y busca soledad en los desvanes
como los muebles y las ratas viejas.

No es inútil viajar,
porque es cierto que todas las ciudades
amanecen de un modo parecido,
pero la noche llega en cada una
de manera distinta.

De día pueden verse
secretarias, conserjes, policías,
músicos callejeros y soldados,
dependientas que escuchan y sonríen,
oficinistas con olor a instancia,
conductores, extraños sacerdotes,
ejecutivos humillados.

Igual en todas partes,
porque apenas existen los kilómetros.

Pero existe la noche,
la soledad que borra los oficios
en un mundo habitado solamente
por hombres y mujeres,
confidencias de amarga valentía.

En las ciudades pueden encontrarse
relojes que se paran en la última copa,
la luna sobre un taxi
y todos los poemas que te escribo.

Mujeres

Luis García Montero

Mañana de suburbio
y el autobús se acerca a la parada.

Hace frío en la calle, suavemente,
casi de despertar en primavera,
de ciudad que no ha entrado
todavía en calor

Desde mi asiento veo a las mujeres,
con los ojos de sueño y la ropa sin brillo,
en busca de su horario de trabajo.
Suben y van dejando al descubierto,
en los cristales de la marquesina,
un anuncio de cuerpos escogidos
y de ropa interior.

Las muchachas nos miran a los ojos
desde el reino perfecto de su fotografía,
sin horarios, sin prisa,
obscenas como un sueño bronceado.

Yo me bajo en la próxima, murmuras.
Me conmueve el recuerdo
de tu piel blanca y triste
y la hermandad humilde de tu noche,
la mano que dejaste
olvidada en mi mano,
al venir de la ducha,
hace sólo un momento,
mientras yo me negaba a levantarme.

Que tengas un buen día,
que la suerte te busque
en tu casa pequeña y ordenada,
que la vida te trate dignamente.

Soneto (no tan) arbitrario

Mario Benedetti

Con ciudades y autores frecuentados

Venecia / Guanajuato / Maupassant /
Leningrado / Sousándrade / Berlín /
Cortázar / Bioy Casares / Medellín /
Lisboa / Sartre / Oslo / Valle Inclán /

Kafka / Managua / Faulkner / Paul Celan /
Ítalo Svevo / Quito / Bergamín /
Buenos Aires / La Habana / Graham Greene
Copenhague / Quiroga / Thomas Mann /

Onetti / Siena / Shakespeare / Anatole
France / Saramago / Atenas / Heinrich Böll /
Cádiz / Martí / Gonzalo de Berceo /

París / Vallejo / Alberti / Santa Cruz
de Tenerife / Roma / Marcel Proust /
Pessoa / Baudelaire / Montevideo

Barcelona ja no es bona. (fragmento)

Jaime Gil de Biedma

Más aún que los árboles y la naturaleza
o que el susurro del agua corriente
furtiva, reflejándose en las hojas
-y eso que ya a mis años
se empieza a agradecer la primavera-,

yo busco en mis paseos los tristes edificios,
las estatuas manchadas con lápiz de labios,
los rincones del parque pasados de moda
en donde, por la noche, se hacen el amor...
Y a la nostalgia de una edad feliz
y de dinero fácil, tal como la contaban,
se mezcla un sentimiento bien distinto
que aprendí de mayor,
este resentimiento
contra la clase en que nací,
y que se complace también al ver mordida,
ensuciada la feria de sus vanidades
por el tiempo y las manos del resto de los hombres.

Oh mundo de mi infancia, cuya mitología
se asocia -bien lo veo-
con el capitalismo de empresa familiar!
Era ya un poco tarde
incluso en Cataluña, pero la pax burguesa
reinaba en los hogares y en las fábricas,
sobre todo en las fábricas - Rusia estaba muy lejos
y muy lejos Detroit.
Algo de aquel momento queda en estos palacios
y en estas perspectivas desiertas bajo el sol,
cuyo destino ya nadie recuerda.
Todo fue una ilusión, envejecida
como la maquinaria de sus fábricas,
o como la casa en Sitges, o en Caldetas,
heredada también por el hijo mayor.

Sólo montaña arriba, cerca ya del castillo,
de sus fosos quemados por los fusilamientos,
dan señales de vida los murcianos.
Y yo subo despacio por las escalinatas
sintiéndome observado, tropezando en las piedras
en donde las higueras agarran sus raíces,
mientras oigo a estos chavas nacidos en el Sur
hablarse en catalán, y pienso, a un mismo tiempo,
en mi pasado y en su porvenir.

Sean ellos sin más preparación
que su instinto de vida

más fuertes al final que el patrón que les paga
y que el salta-taulells que les desprecia:
que la ciudad les pertenezca un día.
Como les pertenece esta montaña,
este despedazado anfiteatro
de las nostalgias de una burguesía

Versos a la tristeza de Buenos Aires.

Alfonsina Storni

Tristes calles derechas, agrisadas e iguales
por donde asoma, a veces, un pedazo de cielo,
sus fachadas oscuras y el asfalto del suelo
me apagaron los tibios sueños primaverales.

Cuánto vagué por ellas, distraída, empapada
en el vaho grisáceo, lento, que las decora.
De su monotonía mi alma padece ahora.
-¡Alfonsina! - No llames, ya no respondo a nada.

Si en una de tus casas, Buenos Aires, me muero
viendo en días de otoño tu cielo prisionero,
no me será sorpresa la lápida pesada.

Que entre tus calles rectas, untadas de su río
apagado, brumoso, desolante y sombrío,
cuando vagué por ellas, y estaba yo enterrada.

Lo que dejé por ti

Rafael Alberti

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,

caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.
Dejé por ti todo lo que era mío.
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte.

Dos ciudades

Jon Juaristi

La ciudad donde vivo, como España,
limita al norte con el mar Cantábrico.
La tuya está enclavada en un terrón brumoso.
Pone el frío a sus puertas un lobo estremecido.
La despiertan los grises cristales del invierno.

Mi ciudad ya no es mía.
Cortaron mis raíces, si alguna vez las tuve.
No sabría decirte por qué no la abandono,
por qué regreso al cabo de errancias sin sosiego,
sabiendo, como sé, que nadie aquí me espera.

Yo viajo a tu ciudad dos veces por semana.
Al trasponer el puerto,
cuando a mi espalda quedan los ríos moribundos,
las parroquias que albergan camadas de asesinos,
una canción estalla entre mis dientes.

Tu ciudad ya es mi hábito.
La ciudad que yo habito me será siempre ajena
como un amor anónimo de noche enloquecida.
Suenan a bolero amargo la calle en que nací.
Cada esquina acuchilla mi memoria.

En tu ciudad hasta la nieve abriga.
Paseo por sus plazas contigo de la mano.
Sin prudencia te beso frente a su catedral.
Mi ciudad me lacera infatigable.
No sé por qué regreso dos veces por semana.

8. Por la ciudad de un sueño.

Raquel Aguilar Núñez

“La calle copiaba, con sombra en el muro,
el paso fantasma y el sueño maduro
de apuesto embozado, galán caballero,
espada tendida, calado sombrero.
La luna vertía su blanco soñar.
Como un laberinto mi sueño torcía
de calle en calleja. Mi sombra seguía
de aquel laberinto la sierpe encantada,
en pos de una oculta plazuela cerrada.
La luna lloraba su dulce bláncor.”

Es este, nuestro Antonio Machado, que escribió los versos más bellos y que me ha acompañado desde mi más

tierna infancia con su "yo voy soñando caminos...", el perfecto compañero de viaje, ese viaje al que él fuera ligero de equipaje, por los rincones de la dulce y misteriosa dama, Sevilla.

Porque damos un paso, luego otro, para ser ese caminante que hacía camino al andar. ¿Pero hacia dónde? Quizás a cualquier y a ningún lugar. Y mientras, los ojos cerrados, permitimos al resto de sentidos encontrarse con la magia que la dama hispalense inspira. ¿Es ese el aroma del azahar florecido que impregna el aire y exacerba mi olfato? ¿O aquel el eco de una recóndita y escondida fuente en la que antaño alguien ahogara su llanto?

Porque yo, soy un viandante,
un extranjero, un sueño, un sevillano,
el recuerdo de un poema ya olvidado.
Soy lo que la ciudad me pide que sea.
Soy la letra S de una Sevilla silenciada.
Soy un ferviente devoto que con ansia
espera a la puerta de la catedral.
Soy un niño al que no le resulta extraño
caminar entre naranjos al salir de la escuela.
Soy el viento de una dura primavera.
Sin embargo, ¿qué soy yo?

Fui un paseo por una oculta callejuela testigo de un amor, de una alegría, de una pena. Fui un deseo infantil escondido en un corazón ya avejentado. Fui una ciudad que aclamó a los grandes, a sus poemas, a sus versos, a Machado.

Y seré la musa de una mente creativa que me mira a los ojos y se busca a sí misma. Seré un paño de lágrimas en cada una de las caídas. Seré la mayor de las emociones y su testigo omnipresente. Seré lo que me pidas; seré ese ente.

Pero hoy, sigue tu camino, y crece, y llora,
y escribe, y ríe, y lee.

Hoy, déjame soñar con que aún soy yo
quien te mira y te sostiene.



Instantánea de París tomada por Charles Marville desde la calle Champlain, 1877-1878. / Musée Carnavalet / Roger-Viollet

9. Los escombros de París

Antonio Muñoz Molina

[París](#) fue una ciudad en ruinas. En algunas fotos de Charles Marville las calles de París son senderos abiertos entre

Hoy, déjame ser tu Sevilla, que por ti,
desvelada, no duerme.

cordilleras de escombros y, como en las ciudades alemanas al final de la guerra, hay un horizonte gris de muros en pie horadados por los huecos de las ventanas.

Fijándose bien, entre los escombros, al costado de fachadas solas en las que queda tal vez una maceta en un balcón y el letrero medio descolgado de una carnicería o de una tienda de vinos, se ven figuras humanas que van pululando de un lado a otro, cargando cascotes en carros tirados de burros o caballos flacos, o simplemente parados en lo alto de un montón de ruinas, estupefactos ante la escala de la destrucción. Entre 1939 y 1945 París se salvó improbablemente de los bombardeos primero alemanes y luego aliados que arrasaron tantas ciudades de Europa. En la primera guerra europea los habitantes de la ciudad experimentaron el limitado sobresalto de los zepelines y los pequeños aviones de casa, el estruendo de los cañoneos lejanos. Pero el peligro había sido tan escaso que las imágenes de los combates aéreos y los reflectores en el cielo, o de la ciudad entera con todas las luces apagadas y sin más claridad que la de la luna llena, le dieron a [Proust](#) la oportunidad de escribir algunas de sus mejores páginas, en ese último volumen de *En busca del tiempo perdido* en el que la guerra irrumpe con toda la fuerza de lo impremeditado en una novela que llevaba escribiéndose casi veinte años.

París tenía que ser parcialmente derruida para ser inventada, para convertirse de manera definitiva en París

Las ruinas de París no las trajo la guerra, sino el proyecto formidable de renovación urbana que llevó a cabo, durante el segundo imperio, el barón Charles Haussmann, que hizo con la ciudad lo que hasta entonces no se había hecho nunca, lo que sería en el siglo siguiente el sueño de [Le Corbusier](#) y tantos de sus discípulos: tratar el tejido urbano, formado lentamente a lo largo de muchos siglos, como si fuera una pizarra en blanco; dibujar con regla y con tiralíneas, encima del laberinto capilar de las calles y los callejones y las revueltas y las plazuelas, avenidas anchas y plazas con monumentos en los que desemboquen obligatoriamente las perspectivas.

Proyectos semejantes, aunque mucho más limitados, los emprendieron los papas en la Roma del siglo XVII. Y Washington había sido diseñada siguiendo el mismo modelo, y precisamente por un arquitecto francés. Pero Washington, como

San Petersburgo, nacía de la nada en una marisma, horizontal y vacía como una gran lámina en blanco sobre un tablero de dibujo. Y el rigor geométrico de la Baixa en Lisboa es el resultado de un terremoto y de un incendio.

París tenía que ser parcialmente derruida para ser inventada, para convertirse de manera definitiva en París. La gran ciudad que nos parece ahora el fetiche máximo de una monumentalidad urbana tan sagrada que no admite la menor modificación resulta haber nacido de un empeño renovador y destructivo que ahora sería visto como un sacrilegio, un acto de barbarie que ningún Gobierno no despótico se podría permitir. A los que llegamos de países en los que da la impresión que todo está siempre a medio hacer y que nada es muy sólido y nada dura, y todo va saliendo siempre como manga por hombro, París nos abruma con la solemnidad de lo definitivo, de lo casi opresivamente invariable. No solo los edificios oficiales y los grandes teatros y los cafés han estado allí desde siempre: hasta los camareros tienen un severo aplomo de dignatarios, de funcionarios de por vida. Cuando veo uno de esos *lycées* de París, con sus sillares y dinteles imponentes, sus banderas tricolores y sus letreros de *Republique française*, y cuando los comparo con los escuálidos institutos españoles de secundaria, me da una melancolía rencorosa de ilustrado español.

Pero ese París no es el fruto de la tradición, sino de todo lo contrario, de una iconoclastia radical. La historia la conocemos por los libros, pero yo solo me he dado cuenta del tamaño ingente de aquella destrucción viendo en el [Metropolitan](#) las fotografías de Charles Marville que la atestiguan. A Marville lo contrató Haussmann para que levantara el acta visual de la ciudad pintoresca y lóbrega y obrera que estaba a punto de ser demolida y de la que se iba levantando sobre los escombros. Marville era un hombre inquieto que desde muy joven se dedicó a las artes más asociadas con los cambios tecnológicos: a las ilustraciones en las revistas gráficas, a una invención tan reciente como la fotografía. Cuando uno ve sus autorretratos juveniles —la barba, la melena impetuosa, la mirada— se acuerda enseguida de los grandes contemporáneos con los que debió de encontrarse por París, los que estaban inventándola como capital literaria de la modernidad al mismo tiempo que el barón Haussmann la demolía para modernizarla. Marville era solo unos años mayor que Baudelaire, Flaubert o Gautier. Pero

la ciudad condenada que se pasó tanto tiempo fotografiando es menos la de Baudelaire que la de Balzac o incluso la de las fantasías medievales de [Victor Hugo](#), un París no de bulevares iluminados como ascuas por faroles de gas en los que se juega uno la vida cruzando de una acera a otra por culpa del tráfico, sino de callejones estrechos, portales oscuros, umbrales de patios de vecindad que darán siempre a otros pasajes más angostos, ventanas entreabiertas en las que se vislumbra tal vez la cara pálida del único huésped de un edificio deshabitado y condenado.

Hausmann era uno de esos modernizadores autoritarios que lo hacen todo en nombre de la línea recta, la salubridad, el progreso. El París de aguafuerte tenebrista de las fotos de Marville es también el de las viviendas angostas e inmundas y los arroyos de aguas fecales y orines corriendo por la mitad de las calles, el de las oscuridades nocturnas en las que se alojaban todas las amenazas. Pero era también una ciudad en la que los pobres y los trabajadores vivían mezclados más o menos con los ricos, y en la que, cuando estallaba una sublevación popular, los callejones estrechos ofrecían oportunidades magníficas para levantar barricadas. Dicen que la anchura de los bulevares del nuevo París estaba calculada para permitir el despliegue de batallones de caballería y baterías artilleras. El caso es que, al mismo tiempo que el alcantarillado, los parques, las farolas de gas, volvían más habitable el corazón de la ciudad, los trabajadores eran expulsados de él hacia periferias que desde entonces no han parado de volverse cada vez más lejanas. Inmediatamente después de ser renovada, la ciudad se inmoviliza, se monumentaliza, se osifica: también se convierte en el escenario de la apoteosis de la burguesía, y en él a los pobres no les queda más papel que el de servidores.

En una foto de Marville se ve un barrio de chabolas tan desordenado y superpoblado como una favela, y al fondo, a lo lejos, sobre los tejados de tablas o de chapas, aparece la silueta de torres y cúpulas. Desde esa distancia, en noches iluminadas si acaso por candiles de aceite, se vería relucir de noche la capital remota de los grandes bulevares y las farolas de gas

10. ¿El Cowboy o Simbad? ¿Quién vencerá en la globalización?

Fátima Mernissi Escrito en 2003

¿Por qué tenemos miedo al extranjero? Porque tememos que nos agreda y nos lastime. Todos tenemos miedo al Cowboy porque si un desdichado extranjero se acerca a sus fronteras, automáticamente saca sus revólveres. Sin embargo, no tenemos miedo a Simbad el Marino. En la civilización del Cowboy el extranjero siempre es el enemigo porque el poder y la gloria proceden del control de las fronteras; en la de Simbad, sin embargo, el diálogo con el extranjero enriquece.

Simbad es lo contrario de un emigrante. Siempre regresa a su punto de partida, que es Bagdad. Simbad no era una mera ficción, representaba a una clase de mercaderes de Bagdad que obtenía riqueza y placer de los viajes y de la comunicación con el extranjero: Simbad representaba a toda una civilización de viajeros-comunicadores y la islamización de Malasia, Indonesia y parte de China no se logró con ejércitos, sino fundamentalmente gracias a los mercaderes sufíes que hablaban de su nueva religión: un islam donde el extranjero es el mejor aliado.

Pero ¡cuidado! No identifiquen automáticamente al Cowboy con la civilización americana y a Simbad con la árabe; de lo que yo quiero hablar aquí es del modelo de extranjero. Quiero sugerir la hipótesis de que nuestro modelo de extranjero nos viene impuesto por los intereses de la élite que controla el Estado y su máquina burocrática; si Simbad representa un héroe en el Bagdad del siglo IX y, concretamente en el reinado del Califa Harun er-Rachid, es porque en aquel momento el Estado era todavía incipiente y la élite dirigente podía acumular riquezas y poder gracias a un islam que en esencia era una estrategia de comunicación.

Pero un siglo más tarde, en la misma dinastía abasida que seguía reinando en Bagdad, aparece un Califa Cowboy: al-Mu'tadid, que declaró la guerra a Simbad, prohibió a los musulmanes el acceso a los especialistas que enseñaban el arte del diálogo y censuró los libros que explicaban las técnicas de comunicación. ¿Por qué? Porque nuestro Califa Cowboy tenía a

su disposición un formidable Estado con una burocracia imperial creada por los consejeros persas.

11. Soy la escritora de los andariegos comunes

Elena Poniatowska.

Mi madre nunca supo qué país me había regalado cuando llegamos a México, en 1942, en el 'Marqués de Comillas', el barco con el que Gilberto Bosques salvó la vida de tantos republicanos que se refugiaron en México durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas. Mi familia siempre fue de pasajeros en tren: italianos que terminan en Polonia, mexicanos que viven en Francia, norteamericanas que se mudan a Europa. Mi hermana Kitzia y yo fuimos niñas francesas con un apellido polaco. Llegamos "a la inmensa vida de México" -como diría José Emilio Pacheco-, al pueblo del sol. Desde entonces vivimos transfiguradas y nos envuelve entre otras encantaciones, la ilusión de convertir fondas en castillos con rejas doradas.

Quienes me dieron la llave para abrir a México fueron los mexicanos que andan en la calle. Desde 1953, aparecieron en la ciudad muchos personajes de a pie semejantes a los que don Quijote y su fiel escudero encuentran en su camino, un barbero, un cuidador de cabras, Maritornes la ventera. Antes, en México, el cartero traía uniforme cepillado y gorra azul y ahora ya ni se anuncia con su silbato, solo avienta bajo la puerta la correspondencia que saca de su desvencijada mochila. Antes también el afilador de cuchillos aparecía empujando su gran piedra montada en un carrito producto del ingenio popular, sin beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y la iba mojando con el agua de una cubeta. Al hacerla girar, el cuchillo sacaba chispas y partía en el aire los cabellos en dos; los cabellos de la ciudad que en realidad no es sino su mujer a la que le afila las uñas, le cepilla los dientes, le pule las mejillas, la contempla dormir y cuando la ve vieja y ajada le hace el gran favor de encajarle un cuchillo largo y afilado en su espalda de mujer confiada. Entonces la ciudad llora quedito, pero ningún llanto más sobrecogedor que el lamento del vendedor de camotes que dejó un rayón en el alma de los niños mexicanos porque el sonido de sus carritos se parece al silbato del tren que detiene el tiempo y hace que los que abren surcos en la milpa

levanten la cabeza y dejen el azadón y la pala para señalarle a su hijo: "Mira el tren, está pasando el tren, allá va el tren; algún día, tú viajarás en tren".

12. El día en que nació París

Félix de Azúa

Hay confluencias realmente planetarias. Cuando algunas ciudades y sus habitantes entran en fisión y alcanzan el estatuto de obra de arte, no hay nada que se les pueda comparar. Y no siempre son momentos de gran energía y creatividad, pueden serlo también de decadencia y ruina, pero llevada con extrema elegancia. Es el caso de la Venecia de Casanova, una ciudad que se suicidó bailando en un Carnaval perpetuo del que aún no ha podido escapar. O bien la Sevilla de Miguel de Mañara, gran urbe mundial, hormiguero de criminales, santos, estafadores, aventureros, rameras, artistas y toda suerte de desesperados agitándose como gusanos entre la miseria y la opulencia de una ciudad chiflada.

O puede también ser un manicomio ocupado por todo el talento que daba de sí la humanidad en un puñado de años previos a la Guerra Mundial, como la Viena de Karl Kraus, aquel ensayo para el fin del mundo que, en efecto, vivió un apocalipsis en el que se agitaban como llamas en la hoguera las almas de Klimt, Hoffmannstahl, Otto Wagner, Alban Berg, Musil, Loos, Freud, Wittgenstein, Richard Strauss, en una bacanal de lucidez y de horror.

Sin embargo, el modelo de la ciudad que explota de pura energía y se convierte en la utopía viviente que todas las demás ciudades querrán imitar es el París de Napoleón el pequeño, medio sobrino de Napoleón el grande, personaje de escasa estatura, origen oscuro y aspecto pedestre por el que nadie apostararía un centavo, pero que supo mantener una dictadura imprescindible para construir la que sería la capital del siglo XIX, según el célebre juicio de Walter Benjamin.

En muy pocos años la vieja urbe medieval, arruinada por la revolución y las guerras, ratonera de un millón de mendigos, la

pestilente capital de Francia daría un salto inverosímil y se pondría en la vanguardia mundial. Su población, enloquecida por la especulación inmobiliaria, las fantasías financieras, el auge económico inaudito y un gobierno de opereta, se lanzó a un desenfrenado *can-can*. Cientos de teatros, burdeles, cafés, salones, restaurantes, mezclaron el lujo más inaudito con la pura indigencia. Reinaban las prostitutas, se prostituían las reinas, la ciudad entera era un agotador *galop* dirigido por la batuta de Offenbach.

Por esos mismos años las mercancías ascendieron de los pasajes subterráneos a las vitrinas de los comercios del *boulevard*, de ahí a los inmensos almacenes de hierro y cristal, para acabar consagradas en las colosales exposiciones universales donde las turbinas, las locomotoras, las esculturas y la pintura se hermanaron para siempre.

13. Mi Estambul secreto

Orhan Pamuk,

Cuando era niño, Estambul era una tranquila ciudad de provincias con una población de un millón de habitantes; medio siglo después es una metrópoli 10 veces mayor, rodeada de barrios desconocidos y distantes en los que nunca he estado y

cuyos nombres sólo conozco por los periódicos. Cuando me asomo a la ventana, me cuesta aceptar que estas poblaciones de la periferia son una parte de mi ciudad. Ni siquiera en mis sueños habría esperado que las calles de mi niñez fueran tan bulliciosas como lo son hoy. Pero cuando uno está tan unido a una ciudad como yo lo estoy a Estambul, acabas por aceptar su destino como el tuyo propio; llegas a verla casi como una extensión de tu propio cuerpo, de tu propia alma.

¿Puede una ciudad tener alma? Si la tiene, ¿de qué está hecha? El alma de una ciudad, ¿se forma por su tamaño, su cultura y su historia, o nace de la imagen que sus calles y sus edificios imprimen en nuestras mentes? Más aún, el alma de una ciudad ¿depende de lo bulliciosa que es o de lo vacía que está? ¿De la bruma o del calor? ¿Está en el río que la cruza o -como en el caso de Estambul- en el mar que la divide en dos? ¿Dónde sentimos su alma con más intensidad? ¿Cuándo la vemos desde lo alto de una colina? ¿Cuándo pasamos por un paso subterráneo? ¿Cuándo nuestros oídos escuchan el alboroto de la ciudad?

El gran secreto de Estambul es que incluso los que vivimos aquí no la entendemos, y no la entendemos porque desafía cualquier clasificación. Pasear por sus bulliciosas calles es sentir la historia bajo nuestros pies, pero incluso cuando recordamos que antes de nosotros estuvieron otras grandes civilizaciones, también nos damos cuenta de que no nos pertenecen. Esto es lo que le da a la ciudad ese aire extranjero.

Podría incluso decir que su alma reside en su rechazo a ser clasificada o comprendida racionalmente.

Desde mi niñez, las tiendas antiguas de la ciudad me han parecido el ejemplo más elocuente de este desorden. Cuando estoy en una *parfumerie* -si prefiere, llamémosla farmacia- y miro a mi alrededor, al surtido de botellas de colores, de cajas y de tarros, me parece que el alma de la ciudad no sólo surge de su historia, sino de la suma de las pasiones y sueños de todos los que alguna vez han vivido aquí. Igual que las tiendas de Beyoglu -aparentemente turcas, pero griegas y armenias en el fondo- a las que iba con mi madre cuando era pequeño y que

me recuerdan a todas esas antiguas culturas que han ido formando la nuestra y cuán desconocida e increíblemente rica ha sido su influencia. En Estambul, cada objeto guarda su propia historia secreta.

14. **Prohibido el llanto**

No he llorado nunca en Brasilia. No habría lugar.

CLARICE LISPECTOR

[Suena Carmen, de Bizet. Obertura]

Entre las actividades desarrolladas por la Gerencia de Urbanismo este año cabe destacar la colocación de lloródromos públicos en las zonas más transitadas de la ciudad. Se trataba de una reivindicación histórica planteada no solo por los vecinos del centro y de los principales distritos, también por el sector de la hostelería, que había denunciado en varias ocasiones el efecto negativo en su imagen de las lágrimas irreprimibles sobre la barra de los bares.

Hasta el momento se han colocado 17 lloródromos públicos, ocho de ellos de estilo fernandino, que han sido ubicados en el casco histórico. Los nueve restantes han tenido como destino áreas comerciales, estaciones, zonas de acceso a hospitales y al cementerio, parques y jardines. En el próximo año se espera ampliar la red hasta completar un total de 35 de estos cubículos. El plan prevé la instalación en calles aledañas a estadios, barrios del cinturón urbano, zonas empresariales y principales polígonos. El proyecto se completará con un programa de educación cívica dirigido a concienciar a la población de la mala impresión que causa ver llorar desconsoladamente por las calles.

Asimismo, se ha desarrollado una aplicación para móviles, en la que el usuario a punto de quebrarse puede consultar el lloródromo más próximo y si en ese momento se encuentra libre u ocupado. Ya no será necesario el recurso a los rincones, por lo que serán abolidos, ni refugiarse entre las gafas de sol y la visera, ya no caminar cegada por el llanto, ni volver a paso

rápido hasta la casa, ya no romper y no poder dejar de llorar en autobuses. Ya no morirnos de vergüenza por la cara abotargada, rogarnos cesar, ya no empapar el teléfono dando gritos por las calles, ya no partirle el corazón a los viandantes. Ciudadanos y visitantes podrán sollozar de forma cómoda, discreta e higiénica en los espacios destinados a tal efecto, dejarse caer y salir renovados y contentos.

Se ha colgado el cartel: Prohibido el llanto. Prohibido temblar, arañarse la cara, arrasarse públicamente los ojos, no poder más. Lágrimas no, gracias.

Queda abolida la pena negra.

Mi ciudad, la ciudad que sonrío.

15. Las ciudades y la arquitectura de un poeta

Joan Margarit

En este siglo que hemos dejado atrás, la ciudad ha marcado tanto a la poesía como a la arquitectura. Por una parte, casi toda la poesía moderna es urbana. Por otra parte, no se concibe la arquitectura de este siglo sin una profunda visión urbanística. Barcelona, pues, está presente en un gran número de mis poemas por partida doble: como poeta y como arquitecto. Está presente a veces en el detalle simbólico de alguno de sus lugares o en su presencia global como ciudad de mi pasado. Otras veces el poema va a la contra en la habitual relación amor-odio con la propia urbe. Y en ocasiones habla de otra ciudad, París, que tan importante fue para mi generación en los años de la dictadura.

La relación entre la poesía y el oficio de arquitecto ha tenido para mí una vertiente sentimental: el refuerzo, reparación y rehabilitación de edificios en malas condiciones, concretamente los que se construyeron para los inmigrantes de habla castellana, mayoritariamente andaluces que llegaron a Cataluña durante los años 50 y 60.

He vivido la época de la pura creatividad del cálculo de estructuras y de la construcción en general, con poca normativa

legal y toda la responsabilidad, es decir, toda la libertad. Recorriamos todavía el camino por el que el neoclásico llegó al racionalismo y empezaba a seguir más allá, pero siempre marcado por las limitaciones técnicas.

Se dice que la arquitectura es el arte de la distribución de los pesos. Metafóricamente la poesía también lo es, como también la pintura, donde se habla del peso del color. Y se podría decir, de la poesía, que trata de conducir y ordenar unos pesos sentimentales de manera sutil, intensa y compleja. Pero el auténtico punto de confluencia entre la poesía y la arquitectura es su carácter abstracto. La poesía casi no es nada: un sonido, unas líneas en un papel. El espacio también es abstracto. En principio no es nada tampoco, pero de pronto se cierra como una catedral gótica y es emocionante.

Hace cuarenta años entrar en cualquier pequeña ciudad desconocida era un motivo de desagradable expectación, siempre recompensada en mayor o menor grado. Hoy esta situación ha cambiado y muchas de estas pequeñas ciudades han quedado ahogadas por los edificios que, pongamos desde 1960, las rodean. Cada vez es menor la tentación de abandonar una vía de ronda para entrar en una ciudad y demorar agradablemente el viaje. Por lo que respecta a las grandes ciudades, es aún más fácil de resumir lo que sucede: uno busca desesperadamente moverse por las zonas construidas antes de 1960.

No hace falta decir que lo que empezó fue la era en la que jamás ha sido más idéntica una planta a las demás plantas de un edificio y la libertad consistió en que las Escuelas de Arquitectura dejaron de enseñar cómo se hacía una casa. A ello debemos sumar la tendencia a aumentar en tamaño y agresividad formal como consecuencia de la necesidad política de vender grandeza. Y si añadimos la pérdida de la capacidad de autocrítica de una profesión que se queda sin encargos si no es fiel, puede uno explicarse bastante razonablemente el panorama de las ciudades.

Otras Bellas Artes pasaron también por esta tentación de suprimir el oficio, el tedio de aprendizaje, la frustración de tener que dejar para muy adelante la realización de una obra. Demagógicamente fue fácil convencer a la juventud de que todo esto sobraba. Y en general otras artes tuvieron mejor suerte, la poesía no siguió mayoritariamente ese camino. Los poetas se negaron a utilizar las palabras como las utilizaba la burguesía, los pintores se negaron a utilizar los ojos burgueses para mirar las formas y los colores. Eso trajo por un lado algún descubrimiento interesante pero también cosas que nadie entendía: el rey empezó a ir desnudo sin que nadie se atreviese a verlo así. Y se complicaron aún más las cosas cuando el capitalismo americano respondió con su total apoyo al lanzamiento de la abstracción.

De hecho quien salió vencida fue la humildad tradicional del arte, muy maltratada ya con el romanticismo. Desapareció o casi el concepto de que la misión de un artista era encontrar su propia voz. El artista pasó a ser para muchos alguien en cuya obra empieza de nuevo el mundo, la principal virtud fue la originalidad. Y el ideal que llenaba todas las bocas, la libertad. Las Escuelas de Arquitectura no pudieron o no supieron quedar al margen de tantas banalidades. Solo queda el recurso de pensar que la mayor parte de nuestra arquitectura es el reflejo del mundo interior de los hombres y mujeres que la habitamos. Si es así, al menos se podrá decir de ella: no traicionó a su tiempo.

Han participado en la selección de los textos:

Susana Bastarrica Martí
Antonio Donaire Rodríguez
Sebastián Chávez de Diego
Juan Luis Pavón Herrera
Raquel Rico Linage

Sevilla, primero de mayo de 2015